

Mis Recuerdos de Carlos J. Finlay

DR. RUDOLPH MATAS (1)

Fue en el año 1879, hace ya nada menos que 62 años, cuando yo, joven imberbe de unos 19 años y alumno de la Facultad de Medicina de la Louisiana (hoy Tulane University of Louisiana) y sin más título que el de interno por oposición del Hospital de Caridad de Nueva Orleans, funcionaba de Asistente Agregado al Laboratorio Experimental de la Comisión Americana que el Gobierno de los Estados Unidos había establecido en La Habana para el estudio de la fiebre amarilla, habiendo sido esta promovida por los estragos que había causado la gran epidemia del año anterior (1878) en Nueva Orleans, en el Valle del Mississippi y en los estados limítrofes del Golfo Mexicano.

La Comisión se componía del Presidente, el Dr. Stanford E. Chaillé, ilustre Profesor de Fisiología e Higiene de la Universidad de la Louisiana en Nueva Orleans, estadista y uno de los epidemiólogos de más autoridad en la fiebre amarilla, de los Estados Unidos; Secretario, Dr. George M. Sternberg, distinguido médico militar del ejército americano durante la guerra entre los Estados Unidos y España, eminente micrógrafo y el autor del primer tratado de Bacteriología que se publicó en América; Vocales, el Dr. Don Juan Guiteras, cubano, profesor de Patología y Clínica Interna de la Universidad de Pensilvania, Filadelfia, renombrado perito en el diagnóstico de la fiebre amarilla, tan conocido y apreciado en los Estados Unidos como en su patria; y el Coronel Hardee del Cuerpo de Ingenieros del Estado de la Louisiana, reputado espe-

(1) El Autor: Prof. Dr. Ll. D. Se. D. F. A. S. F., F. R. C. S. (Ingl.), Medalla Bigelow, Medalla por Servicios Distinguidos de la American Medical Association, Ex-Presidente de la Sociedad Internacional de Cirugía, Decano Internacional de Cirugía, Ex-Presidente del American College of Surgeons, Ex-Presidente de la Southern Surgical Association, Ex-Presidente de la Louisiana S. Medical Ass., Ex-Presidente del Congreso Médico Pan Americano, Miembro de Número y de Honor de varias Asociaciones y Sociedades Quirúrgicas, de las de Perú y Polonia y de las Academias de París, Roma, Madrid, Varsovia, Copenhague y muchas más. Caballero de la Orden de Isabel la Católica, Caballero de la Orden de Alfonso XII, Caballero de la Legión de Honor, Comendador Nacional de la Orden Cubana de Carlos Finlay, y varios otros títulos académicos y menciones honoríficas demasiado numerosas para mencionarlas.

cialista en ingeniería sanitaria. Todos estos varones ilustres, cuya fama pertenece a la historia y que me honraron con su amistad, han desaparecido, y sólo quedo yo, el único vástago de esa célebre compañía, y el menos autorizado para representarla.

Fue entonces que conocí al Dr. Carlos Finlay, quien frecuentaba nuestro laboratorio en calidad de miembro de la Comisión Hispano Cubana creada por orden del Capitán General Blanco, Marqués de Peña Plata, para colaborar con la Comisión Americana. Bastó poco tiempo para que el Dr. Finlay se captase las simpatías de todo el personal de la Comisión y la amistad de sus jefes. Se le recibía en el Hotel San Carlos, domicilio de la Comisión, con la mayor consideración a la vez que la franca confianza que se acuerda a un adherido colaborador y apreciado consejero. Además, don Carlos poseía el inglés y lo hablaba con una perfección que permitía el libre canje de las ideas y la expresión de los más sutiles pensamientos, ventaja que tanto se presta para fomentar las relaciones internacionales.

En aquella época el Dr. Finlay no había concebido aún la teoría culicídica que más tarde debía inmortalizarlo. Tendría entonces unos 49 años y ya gozaba de la fama de ser un investigador original, penetrante, tenaz e incansable y, en particular, dedicado al arduo problema etiológico de la fiebre amarilla, problema que, desde el principio de su carrera, perseguía con pasión. En sus observaciones perseverantes y meticulosas sobre la excesiva alcalinidad de la atmósfera de la Habana y de otros puertos de la Isla, (fenómeno que él había sido el primero en constatar) había ido anotando diariamente las reacciones atmosféricas durante el curso de unos trece años consecutivos, dando así prueba suficiente de la originalidad y de la constancia de su espíritu indagador.

Ya antes de la llegada de nuestra Comisión en 1879, el Dr. Finlay había concentrado su atención en variados temas de gran importancia para la demografía, la higiene y patología tropical. Además, la versatilidad de sus conocimientos y la originalidad de su ingenio, se traslucía a través de la gran variedad de sus publicaciones que abarcaban no sólo la medicina en general, pero las ciencias afines, la química, la física, la antropología, la meteorología, la oftalmología, y aun otras especialidades. Todo lo cual sería superfluo rememorar en vista de las biografías íntimas y muy completas que dan cuenta no sólo de la polivalencia de su talento, sino también de su vasta erudición y de la luz penetrante de su perspicua inteligencia. Su poliglotismo, de por sí tan raro como admirable, le permitía dominar la literatura científica de todos los países. No satisfechos con los modernos, penetraba en el clasicismo latino para interpretar a los antiguos como un filólogo y humanista de profesión; preciosos conocimientos que él no ostentaba con pretensiones vanidosas y sólo como vehículo para su recreo intelectual.

Yo aunque muy joven, sin conocimientos suficientes y mucho menos pretensión alguna para discutir sus ideas, tenía fe en él y le admiraba no sólo con la atención y el respeto del discípulo que escucha la voz de un maestro iluminado, pero con un afecto particular que suscitaba en mí su bondadosa consideración y la sencilla franqueza de su trato que parecía poner especial empeño en igualarse al resto de sus semejantes y que, en mi caso, parecía suprimir la distancia de los años y del rango que nos separaba, permitiéndome así aproximarme a él libre de las fórmulas y trabas de la etiqueta oficial, pero siempre sin menosprecio de la dignidad y del respeto debido a un maestro tan condescendiente como esclarecido.

Como se comprenderá todas estas dotes de una rara intelectualidad y de una erudición sin límites que se desprendían de una personalidad tan modesta e impretenciosa, me impresionaron profundamente y cuando, ya terminados los trabajos de la Comisión, yo salí de la Habana a fines del verano de 1879, la figura de don Carlos Finlay quedó grabada en mi mente como modelo del sabio ejemplar, del trabajador laborioso y fuerte en el caudal de sus conocimientos, en la rectitud de sus principios y en la conciencia de integridad intelectual. En mi joven imaginación don Carlos simbolizaba el mentor digno de émulo del que aspira con conciencia a una vocación consagrada al culto de la ciencia y al servicio de la humanidad.

Después de mi regreso a New Orleans el año siguiente (1880) continué ocupándome de la fiebre amarilla con particular afición a las publicaciones que emanaban de La Academia de La Habana, de la Sociedad de Estudios Clínicos y de la Crónica Médico-Quirúrgica, que en aquella época redactaba el Dr. Santos Fernández a quien había tenido el gusto de conocer personalmente. La lectura de estas publicaciones me procuraba satisfacción y provecho por el mérito que yo había tenido oportunidad de apreciar durante mi corta pero instructiva residencia en La Habana. Pero nada sorprendente ocurrió en materia de fiebre amarilla hasta el año 1881 cuando la memoria de don Carlos Finlay, leída ante la Academia de La Habana, titulada, "El Mosquito Hipotéticamente considerado como el Agente de la Transmisión de la Fiebre Amarilla" inmediatamente fijó mi atención por lo original y lo revolucionario de su concepto que parecía derrumbar de un solo golpe todas las teorías de la transmisión de la fiebre amarilla que hasta entonces se habían concebido. Pero no me sorprendió este pronunciamiento conociendo ya el genio indagador del Dr. Finlay, su perspicacia científica, y el cúmulo de conocimientos que él conocía acerca de la epidemiología de la fiebre amarilla y de la historia natural del mosquito todo tan característico del autor de esta memoria, que yo muy impresionado por su valor y novedad, no tardé en traducir para reproducirla en el New Orleans Medical and Surgical Journal de Febrero de 1872 (Tomo 9, Páginas 601

y 616) siendo ésta, como creo, la primera traducción de este monumental documento publicada en los Estados Unidos, que más tarde, como vine a realizar, debía servir de base para la conquista de la fiebre amarilla.

Pasaron los años hasta llegar al de 1902 cuando don Carlos ya asentado en la fama de su portentoso descubrimiento vino a Nueva Orleans acompañado de su excelso y devoto amigo, el Dr. Guiteras, para asistir al Congreso de la Asociación' de Salubridad Pública al cual se le había invitado como socio de honor. Entonces tuve la dicha de estrecharle la mano y de oírlo discurrir sobre la fiebre amarilla, tema, para él inevitable, ante un auditorio de las entidades más escogidas de la ciencia sanitaria en los Estados Unidos, dirigiéndose él esta vez ya no, como antaño, a un concurso de incrédulos a quienes debía convencer, sino a una congregación de creyentes convertidos a su evangelio que se atropellaban para rendir homenaje al gran sabio cubano, al profeta que había resuelto el misterio de la fiebre amarilla, por siglos ocultado por la naturaleza cual uno de sus más recónditos secretos y quien con la fe de un iluminado y la constancia del apóstol había guiado a la ciencia y sido el redentor de su pueblo y el bienhechor de la humanidad.

Me regocijó que a pesar de los 27 años que habían transcurrido desde el día que yo me despedí de él y de la hospitalaria Habana (en 1879), había él conservado buen recuerdo de mi respetuosa amistad y de mi reconocimiento por los preceptos y los ideales de la vida científica que yo le había oído discurrir en nuestros laboratorios y que tanto me habían atraído hacia él.

Pasaron más años cuando llegó por fin el de 1905, año fastuoso, de júbilo y de sempiterna gloria para los habitantes de nuestra metrópoli louisianesa por ser el año de la victoria y de la liberación de nuestro pueblo del terror y de la nefasta tiranía de nuestro enemigo secular: la fiebre amarilla.

En efecto, la epidemia de fiebre amarilla que se presentó en Nueva Orleans en el verano de 1905, con asomos de gran virulencia y malignidad, hizo época por ser la primera en el Continente Norte-Americano, en la cual se confirmó en gran escala y de una manera decisiva y terminante, que la doctrina culicídica de Finlay, confirmada por la Comisión Militar Americana dirigida por su distinguido jefe, Walter Reed, y puesta en práctica en La Habana cinco años antes por el insigne Director de Sanidad, Gorgas, había acabado con la fiebre amarilla en la Isla obteniendo así un triunfo insólito y maravilloso.

La campaña culicídica que se inauguró y llevó a feliz término en Nueva Orleans no sólo dio prueba de su soberana eficacia sino nos proporcionó un método de protección y de exterminio tan seguro que desde aquella época hasta la presente, no ha habido

un solo caso de fiebre amarilla, no sólo en este puerto, sino en todo el vasto territorio meridional de los Estados Unidos, donde treinta y seis años antes aterrorizaba.

La regeneración sanitaria que surgió del exterminio de la fiebre amarilla inauguró una nueva era de progreso, expansión y prosperidad cívica como nunca vista o imaginada y efectuó un verdadero renacimiento que hoy día contemplamos, sobre todo nosotros, los médicos, con legítimo orgullo, por ser ésta la obra de la ciencia médica, ciencia guiada por el genio del iluminado Carlos Finlay y colaboradores de su apostolado que en La Habana, como aquí en Estados Unidos y en todos los países que han sido tributarios al "terror de los trópicos" han dado forma tangible y fuerza dinámica a su doctrina redentora.

En relación con lo antedicho, es propio que haga constar que la deuda de gratitud que deben los habitantes de Nueva Orleans y del Estado de la Louisiana, a los bienhechores que directa o indirectamente los han libertado del yugo de la fiebre amarilla, no se ha olvidado, como lo prueba el proyecto de un monumento dedicado a los héroes de la Victoria de 1905 en el cual debe figurar en caracteres conspicuos e indelebles el nombre grandioso de don Carlos Juan Finlay. Este proyecto hace tiempo se ha confiado a un Comité de la Asociación Médica del Estado, el cual en varias ocasiones ha sometido su informe a la aprobación del municipio, pero que éste no ha querido realizar por la depresión financiera y por otros motivos que es inútil mencionar, pero que no impedirán que en tiempo oportuno se realice este proyecto tan justo y merecido.

Finalmente para terminar este relato ya demasiado prolongado que en otras circunstancias no tendría motivo ni disculpa, pero que en esta ocasión en que se trata de conmemorar el natalicio de Finlay, me he permitido creer que no sería inoportuno el recordar mis tempranas relaciones con el Dr. Finlay y mis impresiones de su grata personalidad en época en que aún no ceñía su frente el laurel de la inmortalidad y, cuando distaba mucho de las biografías, los honores, y los elogios postumos que han venido a coronar su obra y que ahora confirman el juicio que yo en mi juvenil admiración ya con mucha prioridad había anticipado. Además escasea el testimonio de los que conocieron al Dr. Finlay en vida y aún más contados son los vivientes que pueden hablar de su personalidad en los años que precedieron su lucha contra la ignorancia y la incredulidad.

(1941)